

BIBLIOTECA

112 *Los Grandes Filmes*

La Novela Semanal Cinematográfica



Los niños
del Hospicio

POE
AMPARO FERRER
CARLOS BERAZA
PEPITO FERNÁNDEZ

50 cts.

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Via Layetana, 12 - BARCELONA - Teléf. 4423 A.

LOS NIÑOS DEL HOSPICIO

Novela cinematográfica basada en el melodrama del mismo nombre de Joré y Palenci.

Intérpretes: Amparo Ferrer, Angelines; María Victoria Rivera, Berli; Vicente Gancha, Juan Francisco Noulozo; Manuel Chavero, Roberto Salazar; Gerardo Ferras, Salvador Villalaz; José Fernández, Zampalullón; Carlitos Herrera, Anginón; Pepito Fernández, Luciano.

Producción de la CINEMATOGRAFICA FERNALDOUCH - VALENCIA

Para Cataluña



Selecciones
"TRUFIL"

J. Llatjós Prunés

Rambla San Joré, 27, - Barcelona



replaced

La Sociedad Minera "Rocha y Compañía" había declarado en quiebra, y entre las numerosas víctimas de esa catástrofe financiera se hallaba uno de los principales accionistas, el banquero Ricardo Castronuevo.

Don Ricardo recibió la inesperada y terrible noticia mientras platicaba cariñosamente con su hija Angelina y el buen amigo de la familia, joven pintor Salvador.

Abatido por el funesto golpe, el banquero entregó a la desesperación.

—¡Arruinado! ¡Perdido! ¡Deshonrado!

Angelina, dándose ánimo a sí misma, procuraba calmar a su pobre padre.

—¡Valor, padre mío!

Y Salvador, que lamentaba en el alma la desgracia ocurrida a su amigo, no daba a la ruina carácter oficial.

—Tal vez exagere usted en su pesimismo, don Ricardo.

El banquero, a la par que agradeciendo el aliento que le ofrecía Salvador, le contestó:

—No, amigo mío. La quiebra de la casa Rocha me arrastra a la ruina... ¡Y sin darme tiempo para nada!

Angelina no se desanimaba.

—¿Quién sabe si encontrarás una salida!

—Imposible, hija mía. Aparte de otros créditos urgentes, me avisa mi corresponsal de Marsella que hoy llegará aquí don Juan Francisco Montoro, un cliente que desde la Argentina depositó en mi banca cuatrocientas mil pesetas para cobrarlas al regresar a España. Si ese hombre viene hoy estoy perdido.

—Quizá no venga tan pronto.

Su vista está anunciada. Ya ves, todo va en contra mía. ¡Es para morirse!

—No, padre!

—Por favor, don Ricardo. Calma, calma. Yo le debo a usted mi carrera y es justo que trate de ayudarlo en lo posible... Mis cuadros de la Exposición darán, mal vendidos, unas cincuenta mil pesetas. Disponga usted de ellas.

—Gracias, Salvador!

—Y yo venderé todas mis joyas, padre.

—¡Hija mía!

El banquero lloraba, no encontrando solución a su angustioso caso.

En aquel crítico instante un criado anunció la llegada del temido visitante.

—Don Juan Francisco Montoro.

Don Ricardo, Angélica y Salvador cambiaron fulgurantes miradas.

—¡Eh!... ¡No hay salvación! — gimió el banquero.

Pero había que reaccionar, procurar por todos los medios conservar la serenidad para ver cómo ocultar al cliente la ruina y buscar con un poco de tiempo una ayuda.

—Dejadme solo con ese hombre. Tal vez pueda conseguir una prórroga — dijo a su hija y a Salvador.

Cuando éstos desaparecieron ordenó al criado que introdujese a su presencia a don Juan Francisco Montoro.

Este no se hizo esperar. Era un tipo simpático, de mirada y hablar francos. Rápido en todas sus cosas, las conversaciones eran para él conferencias telegráficas: muy breves; lo esencial.

—¿Don Ricardo Castronuevo? — dijo al mismo al verle.

—Servidor. ¿Quiere usted sentarse, caballero?

—Acabo de llegar y salgo dentro de unas horas para el Norte. Vengo a retirar las cuatrocientas mil pesetas que le giré en depósito.

—Sí... ya supuse... Pero... a estas horas... la dependencia no está en casa...

—Estando el dinero, ¿qué más da?... Usted mismo me lo entrega y en paz.

Naturalmente que sí... Sin embargo...

—Aquí traigo la documentación en toda regla.

—Perdone, caballero... Pero ahora no me es posible... Le agradeceré se tome la molestia de volver mañana. Mi cajero... ¿comprende usted?

Don Ricardo no sabía cómo salir de aquel paso.

Bruscamente, el indiano le atajó.

—Basta ya de evasivas. Estoy informado de la quiebra de la sociedad Rocha, de la que usted es el principal accionista. No puedo suponer que esté comprometido en la bancarrota un depósito confiado a su honradez, y menos todavía, que trate usted de salvarse a costa de mi dinero.

Acogotado por la fatalidad, don Ricardo, vencido, balbució:

—Si yo... mañana...

—¡Basta! Caballero, lamento mi error. Yo le creía a usted un hombre honrado.

—¡Dios mío! — sollozó el banquero.

Angelina y Salvador, que habían estado escuchando detrás de una puerta, irrumpieron en el despacho de don Ricardo; y dijo Angelina al indiano:

—¡Mi padre es un hombre honrado!

—Lo será, pero mi dinero no aparece — replicó vivamente Juan Francisco Montoro.

—Usted lo confió a mi padre y mi padre a la casa Rocha. Uno y otro han sido víctimas de la misma catástrofe. Pero ya que usted reclama lo suyo... tenga usted, caballero... Aquí tiene algo a cuenta de su depósito.

Desprendióse de todas sus joyas, algunas de cierto valor, regaladas por su padre en sus tiempos prósperos, y las depositó encima de la mesa de trabajo del banquero.

El indiano no había cesado de mirar a Angelina, y la generosa acción que acababa de hacer por salvar a su padre le emocionó. Un hombre bueno no puede permanecer insensible ante el dolor de una mujer, mucho menos si esa mujer inspira desde el primer momento un sentimiento que no es precisamente piedad...

—Eso no, señorita. Yo no puedo consentir que usted se prive de unas joyas que dejarían

de ser bellas si usted no las luciera — le dijo cambiando como por ensalmo de tono.

Angelina seguía llorando silenciosamente, y sus lágrimas conmovieron tanto al hombre rudo que durante largos años luchó allende los mares por un puñado de oro, a costa de todos los riesgos y de todas las penalidades, que en lugar de un enemigo, don Ricardo encontró en el indiano un protector.

—Don Ricardo, acaso yo pueda salvarle.

—¿Usted? — dijo el banquero.

—¿Qué dice? — inquirió asombrada Angelina.

Juan Francisco Montoro sonrió a la bondadosa hija y bella mujer, y preguntó a don Ricardo:

—¿A cuánto asciende su pasivo?

—A una suma enorme; cerca de dos millones de pesetas.

—¿Dos millones? Pues no hay que apurarse. Ese dinero traigo yo de América y está a su disposición... si así su hija lo quiere.

—¿Yo?

—Usted.

Don Ricardo y Salvador se miraron altamente sorprendidos.

—Usted — dijo Juan Francisco Montoro a

Angelina — me ha producido la mayor emoción de mi vida, y yo brindo a su padre mi fortuna, para que arregle lo mejor que pueda sus asuntos, si usted se halla dispuesta a acompañarme a América y a prestarme la inspira-



—¿Dos millones? Pues no hay que apurarse. Ese dinero traigo yo de América...

ción de sus ojos para triunfar de nuevo.

La sorpresa impedía hablar a Angelina y mucho más a don Ricardo.

Juan Francisco continuó:

—Mi historia es breve. Una infancia triste...

No conocí a mi padre... Mi buena madre recogía los harapos de la calle... Un día mi madre murió... Quedé solo en el mundo, sin más com-



—y, "con el lujo de un Príncipe", me embarqué hacia la América soñada...

pañía que el hambre y el frío... Pensé en el placer de viajar... y, "con el lujo de un Príncipe", me embarqué hacia la América soñada...

Luché, luché sin descanso, hasta conquistar la fortuna que ofrezco a usted, don Ricardo, y que deseo con toda el alma que acepte para salvarse del naufragio... Y ahora, me marcho. Dentro de quince minutos regreso con el dinero... Usted, señorita, reflexionará acerca de mi petición. Verla y amarla ha sido cosa de un instante.

Juan Francisco Montoro saludó con profunda reverencia a los allí reunidos y desapareció.

Don Ricardo, Angelina y Salvador quedaron atónitos. ¡Qué hombre aquel indiano! ¡Cómo disponía de la gente a su antojo! Sin embargo... Sin embargo...

Silenciosos durante un rato, don Ricardo y Angelina se miraban de vez en cuando furtivamente. No se atrevían a dirigirse la palabra.

Salvador miraba insistentemente a Angelina.

Al fin, don Ricardo, que pensaba en la felicidad de su hija, pero también en la salvación de su negocio, sin que quisiera sacrificar lo uno por lo otro, sino unir ambas cosas, para defenderlas por igual, preguntó a Angelina:

—¿Qué contestas, hija mía?

—Que es imposible, padre... Por salvarte daría mi propia vida... pero yo jamás podré ser la esposa de un hombre honrado.

—¿Qué dices, hija mía? ¿Por qué hablas de ese modo? ¿Qué tiene que ver mi ruina contigo?

Angelina no pudo decir más; y en vista de la gravedad de la situación, Salvador decidióse a hablar de algo terrible a don Ricardo.

—Mi respetable amigo, las circunstancias me obligan a revelarle un secreto... Usted es noble y sabrá comprender... Su hija Angelina...

—¡Por Dios, terminad pronto los dos!

—Don Ricardo... Angelina tiene un hijo.

—¡Eh! ¡Tú, un hijo! ¡Tú, Angelina! ¡Qué vergüenza!

—¡Padre!

—Angelina no es la única culpable. Usted, entregado por completo a sus negocios, poco de negligente en el cuidado de su hija.

—Yo hablaré, padre, yo hablaré... Tú mismo me presentaste a Roberto Salazar, el pintor, cuyas obras te habían gustado en la Exposición. Me llevaste a su estudio y le encargaste mi retrato... Tus ocupaciones te impidieron observar que yo iba sola al taller... Y, poco a poco, aquel cuaila se iba adueñando de mi voluntad... Y, una noche, aprovechando tu ausencia, saltó por la ventana de mi cuarto...

—El miserable!

—¡Yo creí que era bueno, padre!

—¡Sigue, sigue! ¡Que mi martirio sea completo!

Algún tiempo después, en ocasión de hallarte tú en Suiza, yo fui a pasar unos días con la hermana de Salvador. Allí nació mi hijo. Y



"Tú mismo me presentaste a Roberto Salazar, el pintor, cuyas obras te habían gustado..."

para librarme de la deshonra, fué oculto el niño en casa de una campesina, por el propio Salvador.

—¡Y yo viviendo engañado!

—Grande es mi culpa, padre; pero mayor y más dolosa es mi expiación. ¡Roberto Salazar me engañó miserablemente! ¡El muy canalla es—



"Tus ocupaciones te impidieron observar que yo iba sola al taller..."

taba casado!

—¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza! — re-
pedía llorando desesperadamente don Ricardo.

Salvador procuró apaciguarlo, diciendo a la pecadora:

—Mas nada debe usted temer, Angelina. Su falta es un secreto que no se sabrá nunca. Quedará para siempre en el misterio.

—¿Qué dice usted, Salvador?

—Que expie usted su falta. Cíñese con ese hombre y busque en su amor su redención. Con ello no hará más que salvar a su padre de la deshonra y del descrédito.

—Pero, ¿y mi hijo?

—Tendrá padre.

—¿Quién?

—Yo!

—Gracias, Salvador, por su buena intención. Pero yo no cometo la infamia de engañar a un hombre de bien. Además, yo no puedo renunciar a mi hijo para siempre.

Don Ricardo, en su dolor, necesitaba un poco de consuelo, y nada causa tanto bienestar como perdonar al pecador arrepentido. Suceden en la vida desgracias inevitables. ¿A qué conduciría una escena violenta para castigar a la culpable? ¿Su ruina no le indicaba acaso bastante claro que hay cosas que no se pueden vencer, porque llegan improvisadamente?

Además, las palabras de Angelina llegaron

hasta su corazón. No quería renunciar a su hijo. ¿Caría mayor nobleza?

—Eso es lo digno, hija mía. Tienes razón.

Juan Francisco regresaba en aquel momento. Angelina y don Ricardo ocultaron su mutua emoción.

—Quince minutos justos. Mi reloj es un cronómetro — dijo el indiano, sonriendo.

Angelina, como si temiera no tener valor para rechazarlo luego, le salió al paso.

—Caballero, la petición de usted...

En el rostro de don Ricardo podía leer el indiano, si no le bastaba ya el de Angelina, que ésta no estaba dispuesta a seguirle a América.

—Es una súplica, señorita — repuso, sin dejar de sonreír ni de mirar amorosamente a Angelina.

Y sin hacer la menor pausa, Juan Francisco ofreció el dinero a don Ricardo.

—Aquí tiene usted toda mi fortuna, don Ricardo. Dos millones contra el Banco de Londres.

—Pero...

—Me causaría profundo disgusto su negativa. Quedese con el dinero y sálvese usted. Así. Ya soy pobre otra vez. Pero sé cómo se conquista el oro: con el trabajo.

La desconcertante conducta de Juan Francisco hacía ennuidecer a Angelina.

—Además, señorita — continuó el indiano, cada vez más simpático por su gran corazón—, queida usted en libertad de seguirme o quedarse. No quiero sacrificar la vida de una mujer tan adorable que se rinde para salvar a su padre.

Angelina no contestó.

—Quédese usted, puesto que ese es su gusto. Yo me marchó. No me mire usted así... Comprendo que le sorprenda mi determinación... pero yo soy como soy... No sé resistir los impulsos de mi corazón... Adiós. Partiré solo para América. Ya conozco el camino.

Angelina se apiadó de Juan Francisco. Un hombre tan noble, que renunciaba a todo su dinero por ella, aunque ella no le quisiera, para lanzarse de nuevo a la aventura, merecía otro premio que su desdén. Y así como él se sintió atraído por los ojos de ella, ella sintióse subyugada por su bondad, pensando encontrar en él al único hombre que habría de hacerla feliz.

Y dijo, venciendo todos sus reparos:

—Solo, no. Conmigo.

—¡Oh, mujer admirable! ¡Bendita seas!

Y don Ricardo, ocultando sus lágrimas, y Salvador felicitaron calurosamente a la pareja.



Roberto Salazar, que un día se vió acorralado por la gloria y morado por la fortuna, dominado por sus instintos perversos purgaba en la cárcel uno de sus muchos delitos.

Casualmente leyó en su encierro el siguiente suelto periodístico:

En la iglesia de Santa María ha contraído matrimonio la bellísima señorita Angelina Castro, nueve, hija del opulento banquero don Ricardo, con el rico hacendado don Juan Francisco Montero.

A las muchas felicitaciones recibidas por los contrayentes, unimos la nuestra, y al mismo tiempo les deseamos una eterna luna de miel y que su estancia en América, donde han fijado su residencia, les sea sumamente agradable.

Roberto hizo una sarcástica mueca y murmuró:

—Esto es un cheque a la vista.

¡El muy granuja sabría sacar partido del secreto de la mujer que fué suya creyendo en su falso amor!

Su libertad estaba próxima. ¿Llegaría a tiempo de ver a Angelina antes de que partiese para América? Fuese como fuese, sabría cobrar una buena cantidad de dinero a cambio de su silencio.

Antes de embarcarse, Angelina se dirigió a la casa de Berta, la campesina que cuidaba del niño, fruto del engaño de Roberto, para despedirse de la criatura antes de alejarse.

La despedida fué muy dolorosa. Angelina no se sentía con fuerzas para abandonar a su hijo.

—¡Hijo de mi alma! ¡Bien sabe Dios que yo no quería separarte de mí!

La campesina contemplaba a la pobre madre llorando amargamente. ¿Qué haría con el niño cuando Angelina se hubiese marchado?

—Berta — le dijo la infeliz, entregándole algunos billetes, para recompensar sus bondades para con el niño hasta entonces —; dentro de unas horas embarcaré para América. Ya no volveré a ver a mi hijo. Después de mi partida vendrá mi amigo don Salvador, a quien entregará usted el niño. Hasta ese día cuídele como nunca.

—Como al mío propio, señora.

Berta tenía también un niño, aproximadamente de la misma edad que el de Angelina.

—Gracias, Berta, gracias..

Roberto, cumplida su condena, era puesto en



libertad; y como la cárcel no estaba muy distante de la casita..

libertad; y como la cárcel no estaba muy distante de la casita donde encontraba cobijo siempre que no tenía otro sitio para ir, por falta de dinero, encaminó sus pasos hacia la misma..

Berta lamentábase también de su infortunio.

—No llore usted, señora. Yo también soy muy desgraciada. Estoy unida a un mal hombre, que vino a mí atraído por la codicia del oro. El villano derrochó a raudales llenas la fortuna de mi padre, y, al acabarse el dinero, no vació en cometer toda clase de infamias.

El leñador Lucas, que vivía cerca de la casita habitada por Berta en el bosque, lejos del caserío de aquel arrabal, era un buen amigo de todos los buenos y un tragón de marca. Se le conocía por Zampabollas, a causa de tener el apetito abierto de par en par.

Derribando a hachazos un árbol estaba cuando Roberto pasó por su lado, dirigiéndole un saludo irónico.

—Ya han saltado a este pájaro. Mala hierba nunca muere — se dijo el gordinflón.

Y dándole de hachazos al tronco del árbol, exclamó, por Roberto:

—¡Si pillara aquí tu cabeza, ladrón!

Como se habrá comprendido, Roberto era el hombre al que estaba unida Berta.

La pobre muchacha seguía lamentándose de su suerte con Angelina.

—Ligada a ese canalla por mi hijo, vivo en este desierto, soportando los ultrajes y aun los

golpes de ese miserable, hasta que Dios quiera librarme de él.

—¡Pobre Berta! Deje que bese a su hijo, tan desgraciado como el mío.

Lejos estaba de suponer Angelina que los dos niños eran hermanos de mismo padre.

Al disponerse a marcharse, Angelina lloró de nuevo junto a su hijito, y le puso una medalla con la Virgen de la Esperanza, para que le guiara en su camino.

Roberto que acababa de llegar a la casita, miró al interior desde una ventana, y al reconocer a Angelina, su asombro no conoció límite.

—¡Angelina! — exclamó para sí — ¿Qué es esto?

Separándose en un postrer esfuerzo de su hijo, Angelina despidióse de Berta, y la pobre peradora abandonó aquella casa, dejando en ella un pedazo de su alma, sin sospechar que a dos pasos, oculto como los ladrones, se encontraba el que le quitó la honra y era también padre del hijo de Berta.

Al sorprender a Angelina besando a su hijo, en la mente de Roberto germinó un plan diabólico.

Entró en la casita, asustando con su presencia a la atemorizada Berta.

—¡Ah! ¿Eres tú?

—Me parece que sí. ¿No te alegras? ¡Y estoy más contento! Acabo de ver a una dama que



Separándose en un postrer esfuerzo de su hijo, Angelina despidióse de Berta...

me interesaba mucho sorprender aquí. Es la madre de ese niño, ¿verdad? Muy rica parece.

Berta comprendió que Roberto sería capaz de

sonsarle dinero a Angelina, cuyas relaciones con el ex pintor, naturalmente, estaba lejos de sospechar.

—No es la madre del niño. Te equivocas.

—¿Qué gracia! Es inútil que trates de negármelo. Ella, Angelina Castronuevo, que acaba de casarse con Juan Francisco Montoro, un rico americano, pagará a peso de oro la existencia de ese hijo.

—¡No! Tú no cometerás infamia semejante.

—Vaya con las mujeres! ¡Una solterita con un hijo y casarse con un ricacho! El negocio es redondo para mí.

—No, Roberto!

—¡Aparta, imbécil! Ahora mismo voy a pedir una entrevista a esa "señora".

—¡De aquí no sales!

—¡Aparta, te digo!

—¡Nunca!

—Pues tú lo has querido. ¡Toma!

Apoderándose de un cuchillo, Roberto, ciego de ira, lo hundió en el pecho de Berta, que pudo aún gritar:

—¡Socorro! ¡A mí! ¡¡Socorro!!

La infeliz cayó al suelo, manando sangre en abundancia de su herida y próxima a morir.

Roberto, cumplida su infamia, iba a huir, pero

Zampabollos, que había oído los gritos en demanda de favor lanzados por Berta, llegaba a la casa, y tuvo aquél que ocultarse para no ser descubierto.



—¡Socorro! ¡A mí! ¡¡Socorro!!

—Berta, Berta... — llamaba Zampabollos—
¡Eh! ¡Herida! ¿Quién te ha herido?

—Acércate, Lucas... Roberto me ha aseña-

do... Es inútil que trates de prestarme auxilio... Me muero... Tráeme a mi hijo.

Zampabollos, rugiendo de cólera contra el causante del crimen y conmovido ante la pobre víctima, complació el deseo de Berta entregándole el niño.

Y Berta, sintiéndose morir, comestió por egoísmo de madre un delirio.

—Sí... sí... Mi hijo será rico... — se dijo.

Y quitándole la medalla al niño de Angelina, se la puso a su hijo, con la esperanza de que algún día su propio hijo sería heredero de la fortuna del otro.

Roberto, desde su escondite, espía...

Zampabollos, extrañando la acción de Berta, preguntó:

—¿Por qué le quitas la medalla a ese niño?

—Porque me la regalaron para el mío.

—Bien... bien...

—Yo me muero... Lleva los niños al Hospicio... La madre de este otro se marcha a América, pero algún día volverá y sólo a ella le dirás que está allí.

—¿Cómo se llama la madre?

—Se llama... Angelina Casconuevo.

Lucas apuntó el nombre en su libreta.

—Y ahora vete, huye pronto, para salvar a esos ángeles. ¡Qué miedo tengo!

—Berta, pobre Berta...

—A... dios...

Y la desdichada mujer cesó de existir.



Y la desdichada mujer cesó de existir.

Roberto, en su observatorio, no hizo el menor movimiento. Para él la muerte de Berta no significaba nada. Lo único que le preocupaba era huir, ponerse fuera del alcance de la justicia.

Dejó, pues, que Lucas se apoderase de los dos

niños para llevarlos al Hospicio. Sabiendo dónde estaban...

Lucas, comiendo, según su costumbre, cargó



Dejó, pues, que Lucas se apoderase de los dos niños para llevarlos al Hospicio.

con los dos muchachos; y a poco de salir de la casita, llegó a ella Salvador, para recoger el niño de Angelina.

—¿No hay nadie? — preguntó.

Roberto, que iba a salir, tuvo que ocultarse de nuevo. Pero cuando Salvador estuvo dentro de la casa se le presentó bruscamente.

Salvador acababa de descubrir el cadáver de Berta.

—¡Muerta! — exclamó con horror—. ¿Quién ha sido el asesino?

—Agora lo tienes — dijo tranquilamente Roberto.

—¿Roberto!

—¡Sí; Roberto, que ha empezado su obra más genial: "La Venganza"!

Salvador, ignorando que Berta conociera a Roberto, sintió hundirse la tierra bajo sus pies.

—¿Qué buscabas aquí? — preguntóle Roberto ante su turbación.

—Al hijo de Angelina. Al hijo que me abandonaste.

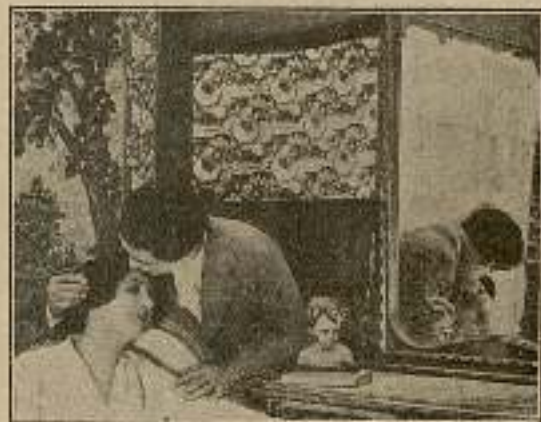
El niño vale una fortuna. Veremos lo que da por él Juan Francisco Montoro.

—¡Ah, canalla! No cometerás tal felonía. Yo sabré impedirlo.

—No podrás. Llegarás tarde para cortarme el camino.

Saló corriendo Roberto al campo, pero desde las rejas de la ventana, pues quedó encerrado

en la casa, Salvador le disparó un tiro, alcanzándole en un hombro. ¡Herido el miserable, Angelina tendría tiempo de partir sin haber visto a su burlador!



Sí, sí. Ahora debía cumplir como esposa.

Momentos antes de embarcar, Juan Francisco, que se desvivía por alcanzar el amor de su mujer, aprovechando toda ocasión para mostrarse galante y enamorado, la sorprendió triste, meditabunda.

—¿Temes embarcarte? ¿Te causa miedo el mar?

—No... Unicamente me causa pena el tener que separarme de los míos.

Angelina pensaba en su hijo. No se decidía a abandonarlo...

Pero era Juan Francisco tan bueno...

Sí, sí... Ahora debía cumplir como esposa.

En cuanto a su hijo, podía vivir tranquila... Salvador sería un buen padre para él. No le faltaría nada.



Pasaron los años...

Don Ricardo y Salvador, que seguían tratándose con santa amistad, recibían noticias de Angelina a menudo, y en su última carta ella le decía a su padre:

Padre de mi alma:

Pronto, muy pronto correré a tu lado en compañía de Juan, de este hombre modelo de bondad que ni un momento ha cesado de mostrármeme como el más amante de los esposos. Nada debiera faltar a mi felicidad, pero el recuerdo de mi hijo me tortura como una horrible pesadilla.

Este martirio cruel es la justa expiación de mi culpa.

Confío en que Dios, infinitamente misericordioso, se apiadará de mí y me permitirá en breve estrechar contra mi corazón a mi adorado padre y al hijo de mis entrañas.

Afectuosos recuerdos de Juan, dadas en mi nombre a Salvador, y recibe el cariño y los besos de tu desventurada hija

Angelina

Las cartas de Angelina alegraban al banqueiro y al amigo, porque les hablaba de su felicidad al lado de Juan, pero, por otra parte, el pensar en que a su regreso se enteraría la infeliz de la desaparición de su hijo, les causaba espanto...

Zampabollos había cumplido el encargo de Berta, pero obsesionado por el recuerdo de los niños, a los que, de haber contado con medios, hubiera ahijado, se propuso ingresar en el Hospicio en calidad de mandadero y al fin lo consiguió.

Los años no habían pasado para su apetito, que se conservaba firme como antaño. Zampabollos le llamaban por aquellos años y Zampabollos seguían llamándole los que le trataban en confianza.

El buen viejo era feliz en el Hospicio y quedaba a los chiquillos como si fuera abuelo de todos.

He aquí el patio del Hospicio.

Es la hora del recreo.

Los aislados corretean alegres, felices en la ignorancia de su origen.

Les vigilan las monjas, esas santas mujeres que se llaman hermanas de la caridad y que dan a esos desgraciados el cariño que muchas madres les negaron.

Zampabollos, de regreso de sus encargos, llegó al patio.

Al verle, los niños, que jugaban a la gallina ciega, le rodearon y le hicieron jugar.

—Ahora que pague Zampabollos.

El buen viejo no pudo resistirse a complacer a los pequeños.

Le vendaron los ojos y reanudó el juego.

Tanteando en el vacío, persiguiendo a los traviesos niños que batían palmas ora aquí, ora allí, para despistarle, Zampabollos atrapó a una monja, que se ruborizó.

¡Oh! — exclamaron a coro los niños.

Zampabollos comprendió que había ocurrido algo grave y se destapó los ojos.

(¡Chuf! ¡La hermana Castana!).

La monja le reprochó su infantilidad.

—Es peor usted que ellos. Bien dicen que los niños y los viejos... Vaya, vaya dentro, hermano...

Zampabollos alejóse lentamente del patio, y en tanto la monja amonestaba a los niños.

—¿Es ese el respeto que debe guardarse a las personas mayores?... Ya te arreglaré yo.

Uno de los pequeños dijo a otro, muy serios todos:

—Nos quedaremos sin postre.

—No lo quisiera. La hermana Casana ya no se acordará de este fugo.

Apartados de los demás, Eugenio y Luciano, los niños que Zampabollos depositó en el Hospicio cumplimentando la última voluntad de Berta, hablaban muy gravemente, como personas mayores, o por lo menos con el mismo entendimiento.

—Calla, Luciano. Tú mismo te atormentas—decíale Eugenio.

—No puedo resignarme. ¿Qué pecado hemos cometido para vernos abandonados en un Hospicio?

—Tal vez nuestros padres hayan muerto.

—Sólo así concebiría este abandono sin maldecirlos.

—¿Quién sabe los motivos que tuvieron!

—¿No hay motivo en el mundo para que una madre abandone a su hijo!

—Sin embargo... yo daría mi vida por encontrarlos... Debe ser tan hermoso sentir en la me-



...Debe ser tan hermoso sentir en la mejilla el calor de un beso de una madre...

jilla el calor de un beso de una madre...

—¡Muy hermoso! ¿Quién sabe si nosotros no lo sabremos nunca!

—No pierdas la esperanza, hermano.

- ¡Hermano! Tal vez lo seamos.
- Aquí nos depositaron juntos.
- Sí... pero, a pesar de todo, ¿quién sabe!

6725

••

Angelina y Juan Francisco, después de doce años de ausencia, regresaron a España.

Fue preciso que don Ricardo y Salvador revelasen a Angelina la verdad acerca de lo ocurrido el día mismo de su partida a América.

El dolor de la madre fue muy intenso.

Y Angelina, al enterarse de la desaparición de su hijo, al que supongo rescatado por Salvador, sintió exaltarse en su corazón un amor infinito hacia los niños desamparados.

Prodigó donativos al Hospicio, mereciendo por ello la bendición de las hermanas.

Un día, acompañada de Juan Francisco, don Ricardo y Salvador, Angelina visitó el Hospicio en que se hallaban su hijo y el hijo de Berta.

La hermana que recibió a los visitantes no tenía palabras bastantes para elogiar la generosidad de la protectora.

—Señora, el Todopoderoso premie su celo por estos niños desvalidos.

Juan Franciso unióse a los elogios de la monja.

—Mi mujer — dijo —, que es una santa, siente una gran atracción hacia los niños huérfanos y se desvive por aliviar su triste situación.

Zampabollos pasaba junto a los recién llegados, y le dijo la hermana:

—Hermano, anuncie a la madre superiora la visita de doña Angelina Castronuevo de Montoro, y su esposo.

El buen viejo recordó haber oído ese nombre y su imaginación revivió la escena de la trágica muerte de Berta.

—Se llama Angelina Castronuevo — le dijo la moribunda.

Como ese nombre fué escrito en su libreta, el ex leñador echó mano de ella y comprobó, en efecto, que aquella señora que acababa de ver era la madre de uno de los niños.

La sorpresa petrificó a Zampabollos. ¿Qué hacer? ¿Cómo decirle a Angelina que su hijo estaba allí?

La hermana, al verle cerca de ella, le repitió

con exigencia, para que se moviese un poco más:

—Ande, hermano, avise a la madre superiora.

En la cartera guardaba Zampabollos la siguiente carta escrita para precaverse contra cualquier imprevisto:

Por si muero declaro que uno de los dos niños que yo mismo deposité en este santo Hospicio en la madrugada del 14 de Octubre de 1912, es hijo de doña Angelina Castronuevo, y sólo a dicha señora puede ser revelado este secreto.

Releyendo la declaración, exclamó:

—¿Es ella la madre del niño!

Y latiéndole desacompañadamente el corazón, el mandadero fué a avisar a la madre superiora.

Angelina, no teniendo noticia alguna de su hijo y suponiendo que fué depositado en un Hospicio, indagaba constantemente su paradero, visitando todos los años.

Cuando llegó la madre superiora, Angelina le dirigió la pregunta que hacía en todas partes:

—En la madrugada del 14 de Octubre de 1912, ¿no depositaron un niño en esta santa casa?

La monja ensimismóse unos momentos y respondió:

—Dos juntos. Lo recuerdo porque uno de ellos llevaba una cadenita de oro con una medalla de la Virgen de la Esperanza.

Angelina ahogó un grito de alegría.

—(¡Mi hijo!)

—Los bautizamos con el nombre de Eugenio, al que llevaba la cadenita, y Luciano al otro.

—Y... ¿viven?

—Sí, señora, los dos.

—Y... ¿Eugenio es bueno?

—Un verdadero ángel.

—¿Me permitiría ver a Eugenio, madre?

—Inmediatamente.

La superiora llamó a una monja.

—Hermana, vaya por el niño Eugenio.

La hermana desapareció y no tardó en reaparecer con el niño.

El corazón de Angelina amenazaba estallar de emoción y alegría.

Eugenio acercóse humildemente a ella.

—Acércate más, niño, acércate... Te llamas Eugenio, ¿verdad?

—Sí, señora...

—Me ha dicho la madre superiora que eres muy bueno...

—Aquí todos somos buenos...

—No. Tú más que ninguno... Y yo quiero

darte un premio. ¿Qué quieres que te regale?

—Muchas gracias, señora... Yo quisiera... quisiera una cosa que no me atrevo a pedirle.

—Atrévete. Yo te la daré valga lo que valga.

—Pues... yo quisiera... ¡un beso!

Angelina estrachó en un irresistible impulso de su corazón a Eugenio contra sí, y exclamó:

—¡Hijo de mi alma!

Y le besó, pareciéndole a Eugenio que soñaba. Juan Francisco, al ver a su esposa con el niño tan emocionada, fué a su encuentro.

—Ese cariño tan excesivo por los niños te hará perder el juicio.

—Juan, no te enfades. Yo quisiera probar a este niño. ¿Me autorizas? — contestó, para no repararse más de su hijo ya que acababa de encontrarle.

Juan Francisco miró a Angelina y al niño y no se negó a complacer a su esposa.

—¿Por qué no? Ya sabía yo que lo que tú deseabas era robarme un poco de cariño para depositarlo en uno de estos huérfanos.

Don Ricardo, Salvador y Angelina se miraron. En los ojos de Angelina brillaba la felicidad.

Eugenio se abrazaba a ella, y continuó Juan

Francisco, para elogiar aún más el gesto de su esposa:

—Sí, mujer. Acepto. Amarga el crimen horrible del abandono de los que dieron la vida a este inocente niño. ¡Maldita sea la madre que rechaza lo que es suyo, destruyendo la obra de Dios! ¡Maldita sea!

La maldición, sin que él lo sospechase, iba dirigida a Angelina, que al oírlo se desplomó al suelo sin sentido.

Para retornarla, fueron a dar un paseo por los alrededores del asilo, y ocurrió algo que la fatalidad había preparado. ¡Roberto Salazar, que no había muerto del tiro que le dirigió Salvador aquel día trágico, estaba sentado en un banco de la avenida con algunos individuos de su calaña, fraguando un golpe que le permitiría huir al extranjero para siempre!

Roberto vio a Angelina y ocultóse el rostro para no ser reconocido.

Por la imaginación del malvado cruzó la idea de que Angelina pudiera ser el golpe apotetico por sus planes.

¡Ah! Ya había vuelto. ¡Cómo había esperado su regreso, para hacerle pagar caro el secreto!

Un poco después, mientras Juan Francisco Montero llenaba las formalidades para llevarse

del Hospicio a Eugenio, Angelina no se apartaba un momento del niño.

—Dentro de poco saldrás del Hospicio y vivirás con nosotros.

—¡Oh, sí, señora!

—¿No has pensado nunca en tu madre?

—Constantemente sueño con ella.

—Y ¿qué sueñas?

—A poco de dormirme, veo una sombra que viene hacia mí cama... y me tiende sus brazos. Yo me incorporo para abrazarla... y la sombra desaparece.

—Y ¿tú crees que tu madre es mala?

—No, señora; la creo un ángel... La creo... la creo como usted, señora.

—¡Hijo de mi alma!

Una hermana separó a madre e hijo.

—Señora — dijo a Angelina — tenga usted la bondad de seguirme. Y tú, Eugenio, ponte el uniforme de gala, para salir a paseo con tus compañeros.

Angelina se reunió con su esposo en el despacho del director del Hospicio, y los niños salieron a pasear.

Pero pocos minutos después, unas hermanas entraron en dicho despacho haciendo gestos de desesperación.

— ¡Madre superiora!... ¡Una desgracia horrible!... El niño Eugenio...

— ¿Qué? — preguntó Angelina temblando.

— ¡Ha sido atropellado por un automóvil!

En efecto, al ir a cruzar la calzada, Eugenio, que vacilaba entre detenerse y avanzar, fué atropellado por un soberbio auto, resultando herido de consideración.

Unos hombres aparecieron en el patio del Hospicio con el niño.

Angelina, como loca, se arrojó sobre el cuerpo del infeliz, abrazándolo y besándolo nerviosamente.

— Angelina! — gritó Juan Francisco.

Ella no le escuchaba.

— Pero ¿estás loca?

— ¡Oh, Juan! Déjame que expie mi traición y mi pecado! Ese ángel es... hijo mío! ¡Perdón! ¡Perdón!

— ¡Tu hijo! Pero ¿qué estás diciendo?

— ¡Mi hijo! ¡Mi hijo! — gritaba Angelina.

Y Juan Francisco miraba a su suegro y a Salvador, desconcertado, queriendo descubrir lo que se ocultaba detrás de sus miradas.

¡Qué engaño!

••

Eugenio estuvo entre la vida y la muerte. Luciano no se separó un momento del lecho del herido, y Angelina fué una hermana más durante los instantes graves.

En el hogar de Juan Francisco y Angelina, aquel hogar que había sido nido de amor, sólo reinaban el dolor y el remordimiento...

Luciano, en el Hospicio, decía a Eugenio, que ya estaba fuera de peligro y por cuyos sufrimientos él había sufrido mucho también.

— ¿De modo que esa señora es tu madre?

— Sí, Luciano. Me lo ha confesado ella misma... Es un secreto.

— ¿Ves como no somos hermanos? Si lo fué-

ramos sería madre de los dos. De todos modos me alegro de que te saquen de aquí... Puede que algún día mis padres, si viven, se acuerden de que me abandonaron en este Hospicio y vengán a recogerme.

—No, Luciano, si no te llevan conmigo, yo no me voy... No puedo abandonar al que quiero como un hermano.

—¿Qué bueno eres!

Roberto rondaba, en tanto, la casa de Angelina, como el lobo que se prepara para echarse sobre su presa.

Y Juan Francisco, en la casa, leía una y mil veces la carta infame de Roberto, que decía:

Señor don Juan Francisco Montoro

Presente.

Muy señor mío:

Hace doce años fué usted víctima del más infame engaño. Su esposa, para salvar a su padre de la ruina y del descrédito, consintió en que usted la llevara al altar cuando ya había sido de otro hombre, de cuyos amores nació un niño que ocultaron.

El que suscribe tiene las pruebas, que está

dispuesto a vendérselas para que usted a su vez castigue a los culpables de tan criminal engaño.

Roberto Salazar.

—¡Era su hijo! ¡Sí! ¡Lo dudaba aún, pero ya no puedo dudarlo!

Al fin, Roberto se decidió a visitar a Juan Francisco.

Le anunció un criado.

—Don Roberto Salazar.

Por un momento sintió Juan Francisco repugnancia hacia ese sujeto que vendía un secreto en el que estaba complicada la honra de una mujer casada. Pero quiso llegar hasta el final.

Que pase.

Roberto, asegurándose de que estaba solo con Juan Francisco, miró a éste frente a frente, sin temor, dispuesto a cobrar y marcharse, imponiéndole un mito lo que ocurriese después entre el marido y la esposa infame.

—Le ruego que abreviemos esta entrevista. Vengan las pruebas — dijo Juan Francisco a Roberto nerviosamente.

—Esta carta puede bastar.

Juan Francisco leyó el escrito, que era breve:

Por el camino que me juraste, te imploro que no me abandones. Voy a ser madre. Ven.

Angelina.

—¡Mentira! ¡Mentira! — gritó Juan Francisco, que en su dolor no podía dar crédito a lo que, desgraciadamente, tenía todas las apariencias de la verdad.

—¡Esta prueba es indiscutible!

—Pues bien: ¿dime el nombre del miserable o muere!

Las manos de Juan Francisco hacían de dogal al cuello de Roberto, que sintió el frío de la muerte bajo las férreas garras.

—Hablaré... Déjeme...

—¡No! ¡Habla, maldito!

—El infame seductor de Angelina... es Salvador Villalar.

—¡Eh!!

Abrióse una puerta y aparecieron Salvador y Angelina.

—¡Mientes! — dijo Angelina, mientras Salvador contenía a Roberto para castigarlo como se merecía.

Angelina añadió, dirigiéndose a su marido:

—Hoy es ya de que yo pague con mi vida mi pecado... pero el hombre que me engañó miserablemente es ese... Roberto Salazar!

—¡Tú!! ¡Ah! ¡Debí suponerlo! ¡Vas a morir!

Juan Francisco dercolgó de una parapeña dos espadas, para ofrecer una de ellas a Roberto.

—No, con el repul no se lucha, se le aplasta! — exclamó Salvador.

Sólo matan los asesinos o el verdugo — no puso Juan Francisco.

Roberto temblaba de miedo.

—Toma. Lucharemos noblemente.

Salieron al jardín de la casa. Angelina no pudo seguirles.

El duelo se efectuó como caballería, y a pesar de defenderse bien, Roberto cayó traspasado por la punta de la espada de Juan Francisco.

Sintiéndose morir, Roberto murmuró a Salvador, a quien hizo signo de acercarse:

—Salvador... muero... el hijo de Angelina no es el que ella cree... Berta cambió la medalla...

Angelina salía en aquel momento al jardín, reuniéndose con Juan Francisco.

—¡Silencio! — dijo Salvador al moribundo.

Y Roberto ya no dijo más. Había muerto. Juan Francisco, al tiempo que el vencido exhalaba su último suspiro, decía a Angelina, que se cubrió los ojos con horror:



—Salvador... muero... mi hijo va es el que cree Angelina... Berta cambió la medalla...

—¡Mira! Libré a la humanidad de ese malvado.

Salvador celebraba el triunfo de Juan Francisco; pero al felicitarlo, murmuró:

—Hay que hacer algo grande para que no te acuse la conciencia, Juan.

Salvador enteró a don Ricardo de la confesión que le hizo Roberto antes de morir; y juntos, sin que Angelina se hubiese enterado de la verdad, acudieron al Hospicio para llevarse a Luciano, prohibiéndolo Salvador.

Eugenio estaba en período de franca convalecencia.

—¿Ves como Dios nos protege? — decía aquel día Eugenio a Luciano. — Yo ya estoy bien del todo, y tú al fin encontraste a tu padre.

En efecto, Salvador había hablado ya con Luciano para llevarsele, diciéndole que le quería como un padre.

—Sí... pero yo sin ti no abandono el Hospicio. Juntos nos depositaron, juntos hemos de salir.

Aquel mismo día, Juan Francisco y Angelina se presentaron de nuevo en el Hospicio, pero con distinta intención que otras veces.

Recibióles la madre superiora.

—Mi esposa, antes de que partamos otra vez para América... quería despedirse del niño Eugenio... por el que tanto se ha interesado.

El deseo de Juan Francisco era marchar sin el hijo de Angelina, para olvidar no viéndole.

Al momento lo haré venir — dijo la monja.

Eugenio ya estaba enterado de los propósitos de Juan Francisco. Bastaronle pocas palabras.

Antes de reunirse con Angelina el niño, Juan Francisco decía a su esposa:

—Bien sabe Dios que no aborrezco a ese niño... pero es la prueba de mi afrenta.

—Yo soy la única culpable, Juan. El es inocente. A mí debías aborrecerme.

—A ti... no podría... Tendría que arrancarme el alma. Vámonos, sé razonable. Nuestra felicidad depende de ello.

Eugenio, abrazándose, al llegar, a su madre, pronunció con tristeza:

—La hermana me ha dicho que partía usted, para muy lejos...

—Sí, para muy lejos... pero así que yo me ausente, vendrá por ti un señor que se llama don Ricardo y te llevará a su casa... y te tratará como a un hijo.

—¿Como a un hijo? No se puede querer bien a los hijos de otro, ¿verdad, caballero? — dijo el niño a Juan Francisco.

—¡Verdad! — respondió secamente el indiano.

Y Angelina, no pudiendo prolongar por más tiempo aquella escena que le desgarraba el alma, puso fin a la despedida.

—¿Te acordarás siempre de mí?

—Hasta la muerte!

—¡Adiós!

Peró Eugenio sentía que con Angelina se iba su vida, y dijo, llorando y arrodillándose ante Juan Francisco:

—Señor, tenga usted piedad de mí! Soy un niño, pero lo comprendo todo. ¡Si mi padre le ofendió, tome usted mi sangre y lave con ella su ofensa! ¡Pero perdón para mi madre, perdón!

Juan Francisco apartaba al niño. No podía

olvidar que era hijo del otro... del miserable Roberto.

—Yo quiero a mi madre. Usted se la lleva... porque tiene usted derecho, pero ella me quiere también.

—¡Hijo mío!

—No me llames hijo si a este señor le molesta, madre... ¡Señor, no nos separe usted! Yo le amaré a usted como... a Dios. Seré su esclavo. Piense que no tengo a nadie en el mundo más que a mi madre... ¡y usted me la quita!

Juan Francisco era noble. La felicidad de Angelina era, al fin y al cabo, lo que más interesaba a su corazón. ¿Por qué no perdonar al inocente niño? ¡Sí! ¿Por qué no perdonarlo?

Angelina lloraba sin cesar y Eugenio se aferraba a ella como dispuesto a dejarse hacer pedazos antes que separarse.

Y Juan Francisco dijo, recobrando su buen humor de antaño:

—¿De qué te quejas, muchacho? Tienes de todo... ¿Qué le puede faltar al hijo de Juan Francisco Monturo?

—¡Juan! — exclamó loca de dicha Angelina abrazándose a su esposo.

—¡Madre! — gritó Eugenio.

—¡A sus pies, hijo mío! — dijole Angelina.

Iba a hacerlo Eugenio, pero Juan Francisco le detuvo en el gesto.

—A mis brazos está vuestro puesto.

—¡Señor! — dijo el niño mirándole con adoración.

—Llámanme padre y que me perdone el tuyo.



Segundamente, y a un mismo tiempo, Luciano se preparaba para irse con Salvador y Eugenio con Angelina y Juan Francisco.

Si Salvador, de acuerdo con don Ricardo, se llevaba a Luciano, era porque, según la declaración de Roberto, antes de morir, Luciano y no Eugenio era hijo de Angelina, puesto que Berta había cambiado la cadenita del cuello del hijo de Angelina poniéndola al cuello del hijo de Berta. De modo que el niño que llevaba la cadenita al llegar al Hospicio era hijo de Berta. Si al hijo de Berta le habían puesto el nombre de Eugenio, Eugenio no era hijo de Angelina, sino Luciano.

Salvador y don Ricardo no había dicho una palabra a Angelina, puesto que Juan Francisco no estaba dispuesto a llevarse al hijo de su esposa, y decidieron adoptar a los dos hermanos de mismo padre, uno cada uno, para que no les



— Sí, señoras, sí. Eugenio es hijo de doña Angelina y Luciano hijo de Berta.

faltase cariño.

Pero he aquí que Zampabollos tenía una revelación muy importante que hacer. Y la hizo a Salvador y a don Ricardo, mientras Eugenio y Luciano se despedían de sus compañeros.

— Sí, señoras, sí. Eugenio es hijo de doña Angelina y Luciano hijo de Berta; porque yo al traerlos aquí, puse al cuello del hijo de doña Angelina la medalla que Berta puso, por equívoco que hasta comprendí, al cuello de su hijo.

Así todo está bien como está. Doña Angelina ha logrado convencer a don Juan Francisco de que sea un padre para su hijo, y este hijo es Eugenio.

Entonces... la declaración de Roberto, al morir... — dijo Salvador — era falsa...

Falsa sin mala intención... El debió ver bien yo que Berta le ponía a su hijo propio la medalla que llevaba el hijo de doña Angelina... pero no vió el cambio legal que yo hice en el camino...

— Tuvo usted una gran idea.

— No, gran idea, ninguna. Fue un consejo de mi corazón. Berta quería riquezas para su hijo, pero no pensó en que quitaba para el suyo lo que pertenecía a otro niño.

La felicidad sonrió a todos sin excepción.

Eugenio fué legitimado por Juan y Angelina y Luciano protegido por Salvador.

También Zampabollos fué ascendido de maderero a ayo, repitiendo constantemente un máxima inventada por él: "Bienaventurados los que comen... a dos carrillos".

Para lo cual no tenía rival.

Y Angelina, redimida por el cariño de Juan Francisco, pudo consagrarse al más grande de los amores.

Al amor de madre.

FIN

